

Papa Francisco

**¿Por qué tenéis miedo?**

**¿Aún no tenéis fe?**

El Papa ante la pandemia

**Statio Orbis**

Viernes 27 de marzo de 2020







Editado por el  
**Dicasterio para la Comunicación**

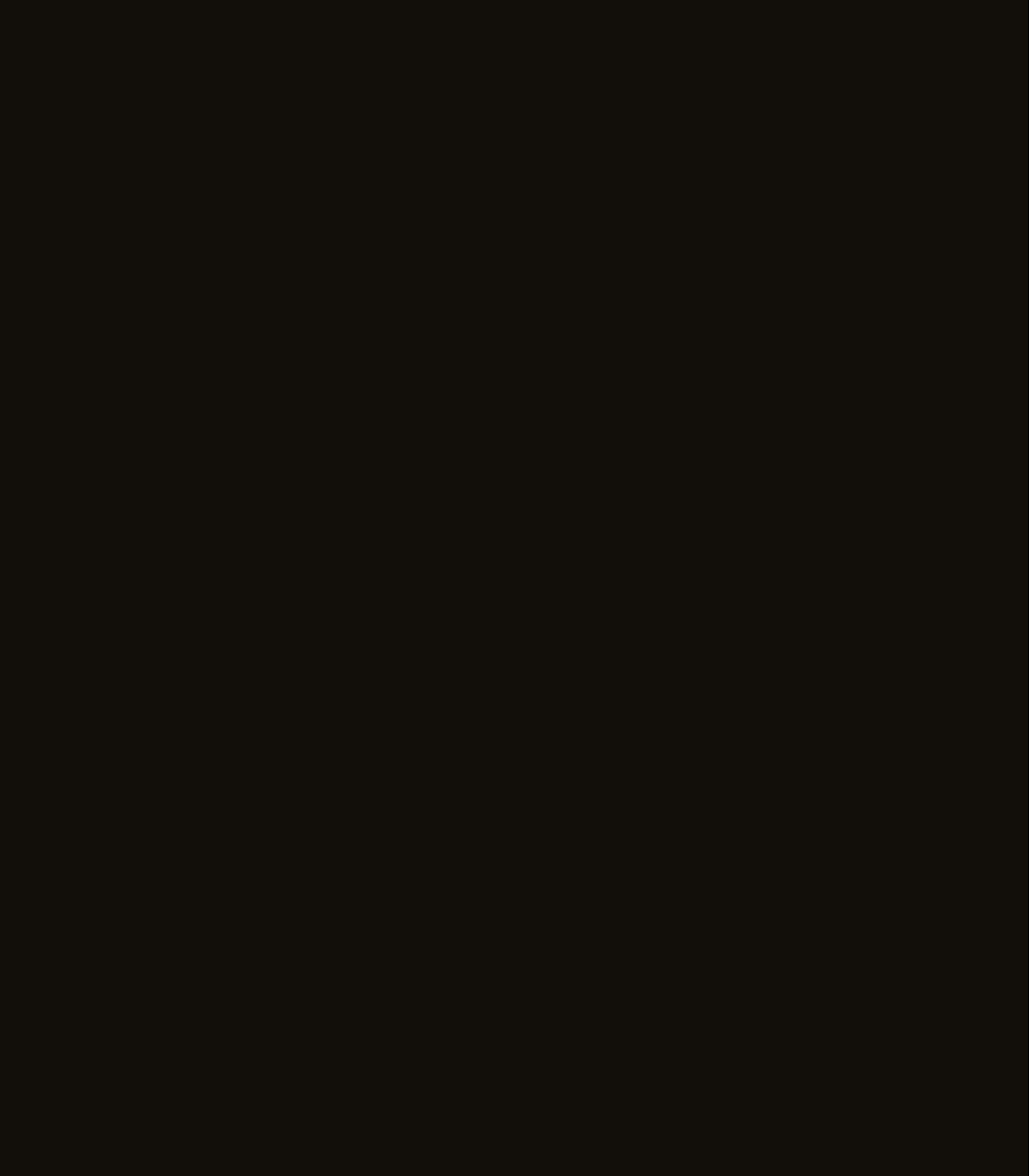
# Papa Francisco

¿Por qué tenéis miedo?

¿Aún no tenéis fe?

El Papa ante la pandemia

Para que puedas contar y grabar en la memoria (Ex 10,2)

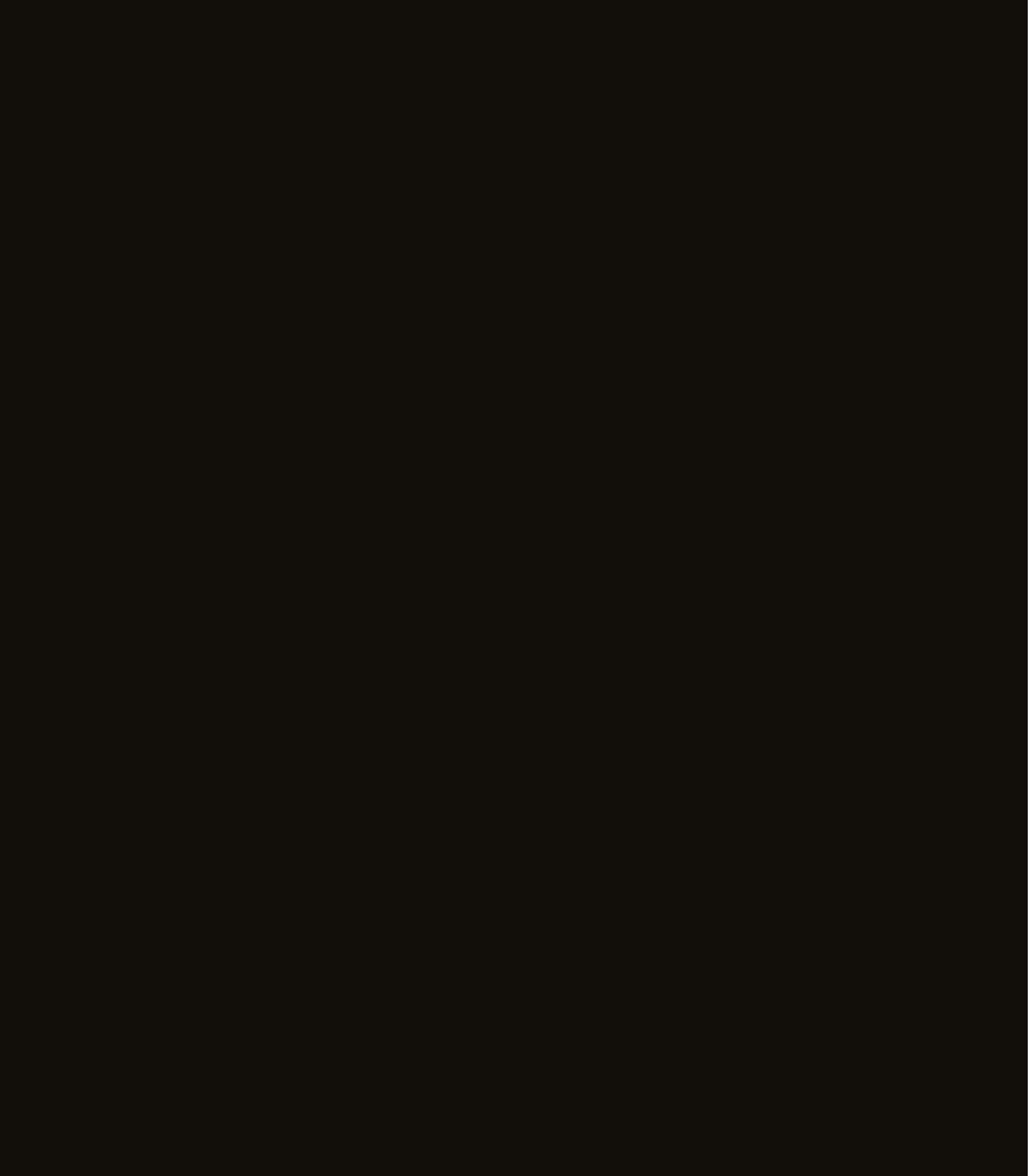


Momento extraordinario de oración  
en tiempos de pandemia

presidido por el Santo Padre Francisco

**Atrio de la Basílica de San Pedro**

Viernes 27 de marzo de 2020, 18.00 h



Al atardecer de ese mismo día,  
Jesús dijo a sus discípulos:  
«Crucemos a la otra orilla».

Ellos, dejando a la multitud,  
lo llevaron a la barca, así como estaba.  
Había otras barcas junto a la suya.

Entonces se desató un fuerte vendaval,  
y las olas entraban en la barca,  
que se iba llenando de agua.

Jesús estaba en la popa, durmiendo sobre el cabezal.

Lo despertaron y le dijeron:  
«¡Maestro! ¿No te importa que nos ahogemos?».

Despertándose, él increpó al viento y dijo al mar:  
«¡Silencio! ¡Cállate!».

El viento se aplacó y sobrevino una gran calma.

Después les dijo: «¿Por qué tienen miedo? ¿Cómo no tienen fe?».

Entonces quedaron atemorizados  
y se decían unos a otros:  
«¿Quién es este, que hasta el viento y el mar le obedecen?».

(Mc 4,35-41)





«Desde hace algunas semanas parece que todo se ha oscurecido. Densas tinieblas han cubierto nuestras plazas, calles y ciudades; se fueron adueñando de nuestras vidas llenando todo de un silencio que ensordece y un vacío desolador que paraliza todo a su paso: se palpita en el aire, se siente en los gestos, lo dicen las miradas».



# Las manos en el timón de la historia

## Prefacio

«Nada en el mundo es más fuerte que el justo que reza. El hombre que reza tiene sus manos en el timón de la historia».

Quien escribe esto es san Juan Crisóstomo, obispo y doctor de la Iglesia entre los siglos IV y V. En aquella época, turbulenta y difícil desde muchos puntos de vista, el gran pastor enseñaba que el verdadero motor en la vida del mundo es el corazón orante: el timón de la historia está en las manos de quien sabe dirigir su mirada al Señor con profunda fe y gran humildad.

¿Acaso, en el desarrollo de los acontecimientos del mundo, hay un momento que podamos definir como fácil? Quizás ninguno. Ciertamente no los primeros meses de 2020, cuando una pandemia impredecible golpeó a casi toda la humanidad. En esos días, precisamente la tarde del viernes 27 de marzo, el Santo Padre Francisco repitió, con palabras y gestos, la arraigada convicción del antiguo obispo y médico: «El hombre que reza tiene sus manos en el timón de la historia».

Por eso convocó a la Iglesia y, en cierto modo, al mundo entero, pidiendo que levantáramos los ojos, todos juntos, al Señor del tiempo y de la historia. En primer lugar, para considerar desde lo alto de Su palabra los misteriosos caminos de la existencia, encontrando en ella un significado y una gracia escondida. Luego, para implorar ayuda y misericordia en un momento de gran aflicción humana, material y espiritual. Finalmente, para bendecir el camino de toda la humanidad, inspirado en la lógica de la civilización del amor.

«El hombre que reza tiene sus manos en el timón de la historia». Todos lo comprendimos de nuevo al ver al Santo Padre subir la gran escalinata de la Plaza de San Pedro, mojado por la lluvia, como un hombre orante que sube hacia Dios para ponerse ante Él con confianza, como guía de un gran pueblo e intercesor fiel. También lo comprendimos de nuevo en la escucha de la Palabra de Verdad y Vida del Evangelio, y en el silencio con el que esa Palabra se convirtió en Luz en nuestras muchas oscuridades. Lo comprendimos una vez más mirando con emoción el Crucifijo milagroso de san Marcello al Corso y el icono de la Virgen *Salus Populi Romani*: imágenes elocuentes y sugestivas de una salvación que nos ha sido dada por Aquel que murió y resucitó por nosotros y de una custodia materna que se inclina con dulzura sobre todo dolor humano.



Finalmente, lo comprendimos en la adoración eucarística y en la gran bendición *Urbi et Orbi*, cuando el Salvador del mundo alcanzó a toda la humanidad con una caricia de amor, capaz de redimir, consolar y dar esperanza.

Aquella tarde, la Plaza de San Pedro estaba vacía, desierta. Increíblemente desierta. Y silenciosa como nunca. Y sin embargo, precisamente allí mismo, el mundo entero se reunió, convocado por un hombre vestido de blanco que, una vez más y a todos sin excepción, repitió con una palabra fuerte y persuasiva, con el humilde poder de las imágenes: «El hombre que reza tiene sus manos en el timón de la historia».

Y también lo reafirmó al dejar el lugar de la gran reunión rezando, en silencio y a solas. Casi como si se dijera a sí mismo y a todos, con el salmista: «Alzo mis ojos a los montes: ¿de dónde vendrá mi auxilio? Mi auxilio, del Señor, que hizo cielos y tierra» (Sal 121,1).

**Mgr. Guido Marini**

Maestro de las Celebraciones Litúrgicas Pontificias



POST PAVLVS V BVRGHESIVS ROMANVS PONT MAX AN MDC XII PONT



Parte I

## *La Statio Orbis*



# Introducción

## Parte I

¿Qué sucedió el 27 de marzo en la Plaza de San Pedro? Sucedió algo simple y grande. Un momento extraordinario de oración unió al mundo. Las imágenes eran impactantes, dramáticas. Muchos se preguntaron sobre lo que vieron. Pero lo importante era invisible a los ojos.

Muchos buscaron en la forma una respuesta que al final no encontraron. De hecho, nunca entenderemos la fuerza de ese momento usando las herramientas tradicionales de análisis. Sería como pensar que podemos entender un poema con las reglas de la métrica.

Vivimos en una época que corre el riesgo de cegarnos. Un tiempo de miradas breves, miopes, incapaces de ver la sustancia de las cosas: el dolor transfigurado del mundo, el redescubrimiento de la propia fragilidad, la necesidad de mirar más allá y de dirigirse a Dios.

No hay respuestas para las preguntas mal planteadas. Por eso es necesario cambiar el foco de la cuestión. ¿De dónde viene la necesidad de rezar? ¿Dónde está lo extraordinario del 27 de marzo? ¿En la liturgia? ¿En sus imágenes televisivas? O en la verdad que ha representado.

Desde hacía semanas parecía que había caído una noche sin perspectivas de amanecer. Desde hacía semanas el mundo miraba hacia Roma, al Papa, para encontrar en sus palabras una respuesta que no fuera solo el recuento de las víctimas. Desde hacía semanas el Papa Francisco había abierto las puertas de la pequeña capilla de Santa Marta al mundo entero, para que rezara con él durante la misa, y escuchara su comentario sobre las lecturas. Desde hacía semanas se preguntaba cómo acompañar esta travesía del desierto con actos simbólicos capaces de iluminarla: la peregrinación solitaria por la Vía del Corso, para visitar el milagroso Crucifijo; la oración a la *Salus Populi Romani*; el rezo del padrenuestro por parte de todos los cristianos el día en que muchas Iglesias recuerdan el anuncio a la Virgen María de la Encarnación del Verbo. Así tomó forma la idea de un extraordinario momento de oración.

El capellán de la prisión Due Palazzi de Padua, don Marco Pozza, fue el primero en hablar públicamente de ello en un programa de televisión transmitido en colaboración con la Conferencia Episcopal Italiana en Rai1, el canal de televisión italiano más seguido.

Y lo hace así: «Soy el último sacerdote del planeta. Vivo dentro de una prisión con personas que han fracasado en la vida. Le pido al Papa Francisco que haga un gesto fuerte... Una *Statio Orbis*,

que a veces se hace. Le pido que elija el día, la hora, el modo. Incluso solo en la Plaza de San Pedro, o dentro de la Basílica... y le ruega a Dios, una oración de liberación, una misa, algo... Te lo pido Papa Francisco, haz un gesto planetario. Dile a la Iglesia que se pare, al mundo entero que se ponga a tu lado... Tienes el poder de la palabra, tienes el poder del símbolo. Haznos comprender que en este momento Cristo está ahí y nos está diciendo algo. Eres el puente para nosotros... No nos dejes solos».<sup>1</sup>

El mismo día, en su blog, don Marco había escrito: «Esta noche, Papa (‘) Francisco te he soñado, eras de una evidencia manifiesta. Y a tu lado, la lámpara de María brillaba. Te he visto salir, con pasos afelpados, de la Casa de Santa Marta. ‘*Ave Maria, gratia plena, Dominus tecum*’ repetías con tu inimitable acento argentino. Ella, justo delante de ti, abría las puertas de par en par: estaban todas blindadas. Salisteis a la Plaza de San Pedro, hasta ese obelisco que, a mí, siempre me ha parecido un índice apuntando hacia lo Alto. La Plaza estaba vacía, desierta, inusualmente en estado de sitio. Y allí, en el medio, te arrodillaste en el suelo. Estuviste allí mucho tiempo, en silencio, con las manos juntas con ese rasgo místico que veo en ti cuando rezas. Te quedaste ahí mientras todo el mundo, dentro de casa, te seguía. Millones de cámaras apuntaban a tu cara, la cara de Pedro, los periodistas todos en silencio, asombrados y mudos. El mundo, al saber que estabas en la Plaza, se detuvo a mirarte. Y, mirándote a ti, a mirarle a Él. Tú, ahí arrodillado, eras el puente: te llaman *Pontífice*, no por casualidad. Pontífice-máximo: mucho más que el puente de Brooklyn o el que se levantará en Génova. Eres el Puente de Dios. Y allí, mientras rezabas, veía a María poner su mano sobre tu cabeza. Es el gesto que muchas abuelas, en el norte de Italia, hacen a sus nietos antes de salir de casa: ‘Que la Virgen ponga su mano en tu cabeza’ dicen. Como diciendo: Ve y vuelve, te espero.

Dios allá arriba, nunca me ha parecido tan cercano a ti. Recuerdas cuando, en un momento oscuro, me hablaste de esa página del *Deuteronomio* que tanto te gusta: ‘Y, en efecto, ¿hay alguna nación tan grande que tenga los dioses tan cerca como lo está Yahvéh nuestro Dios siempre que lo invocamos?’ (Dt 4,7). Moisés, en la primera lectura de hoy, golpeó la roca y brotó el agua que disipó toda duda. ... Aquí estamos en guerra. Nos salvará el contacto directo con Dios, no el *streaming*. Ya no es suficiente: te necesitamos, con tu equipo de Pontífice y Bombero. ... No soy ciertamente yo quien te sugiere qué hacer: Dios te garantiza la inspiración. Un Dios que, más de una vez, confía sus cartas a la frágil voz de los sueños. ... A los que dicen: ‘¿Dónde está el Papa?’ respondes con tu presencia: eres el ‘puente’ entre el cielo y la tierra, una tierra que languidece —languidece el mundo desarrollado— mientras tú, que vienes del sur del mundo, nos muestras que esta prueba está marcando en nuestra carne lo que significa el dolor de los pueblos que sufren desde hace siglos. ¡Esta tierra enferma debe levantar los ojos al cielo y creer que solo necesita a Dios y convertirse a Dios! Una *Statio Orbis*, el Papa Francisco, nada más. Una *Statio Orbis* planetaria. Tú, solo, en la Plaza de San Pedro, mientras todo el mundo está desierto y los hombres encerrados en sus casas, asustados por el contagio; por ser ellos mismos la causa del contagio: propagadores y

víctimas al mismo tiempo. Levanta tu voz, tu oración, tu intercesión: ¡suplica a Dios que venga a socorrernos! La prueba de este contagio está abriendo los corazones, las mentes de muchos a Dios. Tú eres el hombre ‘más grande’ de la tierra: el Vicario de Cristo. *¡Detén al mundo, a toda la Iglesia, para que el mundo eleve la mente y el corazón hacia Dios!* Te lo ruego, Papa. ¡Date prisa! Tienes el mejor equipo para apagar este incendio».<sup>2</sup>

«Una *Statio Orbis* —escribía de nuevo don Marco la semana siguiente— no es una teología de ficción ni mucho menos una propuesta caprichosa de quienes, para subir el listón, proponen lo improponible. ... La forma no es la formalidad, es anticipación de contenido, prelude de lo oculto. Es la vestidura misma del Misterio. En la figura de Pedro el culmen de la palabra coexiste con lo máximo del gesto: el hablar y la gestualidad. Cuando Pedro hace un gesto, el mismo gesto que podría hacer yo también, ese gesto tiene un valor completamente diferente: la figura que lo realiza multiplica por diez su poder. Lo mismo ocurre con la palabra: el hablar humano es, en un instante, (des)humano si lo pronuncia Pedro. No nos dirigimos a Pedro, por tanto, con palabras que no hayan sido previamente rezadas, arrodilladas, meditadas, ponderadas, sopesadas. Una teología de rodillas es la única teología posible. ¿Por qué, entonces, una *Statio Orbis* que se dirige a todo el planeta? Porque, en medio de una carrera desencadenada, hay que detenerse: ‘¿Por qué corres si no sabes a dónde ir?’ leí en la pared de una estación de trenes. ... Una *Statio Orbis* es una parada: ¿recuerdas la vieja estación de trenes? Imagínatela así: se le pide al tren que se detenga por un momento, que se detenga en la estación de San Pedro, que se conecte con Cristo. No es una pérdida de tiempo, es tomarse tiempo: una pausa, en el vaivén de la historia, ‘para hacer balance del camino recorrido y recuperar fuerzas hacia las metas futuras de la historia y el tiempo. En esa pausa, todo el mundo cristiano está simbólicamente involucrado y presente’ (G. Marchesi, *La Civiltà Cattolica*, 2000, q. 3608, p.173). Como cuando la Iglesia hace una *Statio Orbis* ante la Eucaristía: ‘detiene el mundo’ ante un pequeño fragmento de pan, que para los cristianos es Cristo (y Cristo es Dios), porque solo en Él nos salvamos. De la misma manera, imagino que un hombre, Pedro, pide ‘detener el mundo’ ante Cristo para que el mundo crea que solo en Dios somos salvos. ¿Qué quieres que te diga? Es como pedir la humildad del mundo que tanto falta, ese ‘no necesito a Dios’ que se está revelando como la forma moderna del ateísmo».<sup>3</sup>

He reproducido íntegramente las palabras de don Marco, porque explican bien el comienzo, el origen, el Espíritu con E mayúscula, que inspiró la idea que el Papa hizo suya.

Si este fue el prólogo, el desarrollo (filmado por las cámaras y los fotógrafos de Vatican Media) fue concebido por el maestro de ceremonias pontificias, monseñor Guido Marini.

La dirección televisiva fue sobria, esencial.<sup>4</sup> Seis cámaras para contar el vacío de la Plaza y la oración del Papa. Su llegada. Su caminar bajo la lluvia. El crucifijo que parece llorar. Las nubes en el cielo. Los destellos de luz. El Papa que reza. El ruido de las sirenas que rompe el silencio. El mundo entero que observa. Los cámaras y fotógrafos invisibles.

De nuevo el tema de la invisibilidad. Creo que podríamos hablar durante horas y horas sobre el nacimiento de la idea, la dirección, la luz, la fotografía, el porqué se eligió la Plaza y no la Basílica, el porqué el Papa subió andando, sobre la relación entre la Plaza vacía y los cientos de millones de personas reunidas en oración, sobre el silencio y las palabras; pero corremos el riesgo de perder el sentido de lo que ha ocurrido; corremos el riesgo de pensar que la comunicación tiene las mismas reglas para la Iglesia que el cine, la televisión, el teatro, los espectáculos. Pero de esta manera —nos advierte el Papa Francisco— «se acaba domesticando a Cristo». Así, ya no se da testimonio de lo que obra por Cristo, sino que se habla en nombre de una cierta idea de Cristo. Una idea poseída y domesticada por quien organiza las cosas y se convierte en un pequeño empresario.<sup>5</sup>

La verdad es que el 27 de marzo fue un momento misterioso y potente de *kairos* en torno a una oración sencilla.

Como ha afirmado Francisco a propósito de Pedro y los apóstoles, «El protagonista de los Hechos de los Apóstoles no son los apóstoles. El protagonista es el Espíritu Santo. Los apóstoles son los primeros en reconocerlo y atestiguarlo. (...) La experiencia de los apóstoles es como un paradigma que vale para siempre. Basta pensar en cómo ocurren las cosas en los Hechos de los Apóstoles de una manera gratuita y sin forzar. Es una historia, una historia de hombres en la que los discípulos siempre llegan segundos, siempre llegan después del Espíritu Santo que actúa. Él prepara y trabaja los corazones. Trastorna sus planes. Es él quien los acompaña, los guía y los consuela en todas las circunstancias que viven. (...) Es inútil alterarse. No hay necesidad de que nosotros organicemos, no hay necesidad de gritar. No se necesitan trucos ni estratagemas. Lo único que hace falta es pedir que podamos tener hoy la experiencia que te hace decir ‘hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros’. (...) Sin el Espíritu, querer hacer la misión se convierte en otra cosa. (...) Quien piensa en ser el protagonista o el empresario de la misión, con todas sus buenas intenciones y declaraciones de intenciones, muchas veces acaba sin atraer a nadie. La misión no es (...) un espectáculo organizado para contar cuántas personas participan gracias a nuestra propaganda. El Espíritu Santo obra como quiere, cuando quiere y donde quiere».<sup>6</sup>

El carácter extraordinario del 27 de marzo consiste precisamente en esto. Su capacidad comunicativa proviene de la verdad. El Papa estaba solo como cada uno de nosotros. Todos solos ante Dios. Todos unidos ante Dios. Todos frágiles y en sus manos.

En una de las homilias de Santa Marta el Papa Francisco dice que «el Señor siempre consuela en la *cercanía*, con la *verdad* y en la *esperanza*». «En la *cercanía*, nunca lejos: ‘estoy aquí’. Esa hermosa palabra: ‘estoy aquí’. ‘Estoy aquí contigo’. Y muchas veces en silencio. Pero sabemos que Él está aquí. Él siempre está aquí. Esa cercanía que es el estilo de Dios, también en la Encarnación, para acercarse a nosotros. El Señor consuela en la cercanía. Y no usa palabras vacías, por el contrario, prefiere el silencio. La fuerza de la cercanía, de la presencia. Habla poco. Pero está cerca».<sup>7</sup>

La palabra siempre necesita silencio. Y el silencio solo es elocuente cuando la palabra resuena. Así fue el 27 de marzo. Ese silencio, como dijo el Papa, nos interrogaba: «¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». Ese silencio era un llamamiento a la fe. Un llamamiento urgente: «Convertíos», «volved a mí de todo corazón» (Jl 2,12). Ese silencio nos ha llamado «tomar este tiempo de prueba como *un momento de elección*». En ese silencio han resonado las palabras de Francisco: «No es el momento de tu juicio, sino de nuestro juicio: el tiempo para elegir entre lo que cuenta verdaderamente y lo que pasa, para separar lo que es necesario de lo que no lo es. Es el tiempo de restablecer el rumbo de la vida hacia ti, Señor, y hacia los demás».

**Paolo Ruffini**

Prefecto del Dicasterio para la Comunicación

<sup>1</sup> MARCO POZZA, *A Sua Immagine*, RaiPlay, 15 de marzo de 2020, <https://www.youtube.com/watch?v=v92a4NXWYAw>

<sup>2</sup> MARCO POZZA, *Papa (?) Francesco, in ginocchio: «Intervieni tu, fai presto!»*, 15 de marzo de 2020, <https://www.sullastradadiemmaus.it/sezioni-del-sito/approfondimenti/3386-Papa-francesco-inginocchio-intervieni-tu-fai-presto>

<sup>3</sup> MARCO POZZA, *Il Papa annuncia la «Statio orbis» per il globo che vorrà*, 22 de marzo de 2020, <https://www.sullastradadiemmaus.it/sezioni-del-sito/approfondimenti/3396-il-Papa-annuncia-la-statio-orbis-per-il-globo-che-vorra>

<sup>4</sup> Cfr. DARIO EDOARDO VIGANÒ, *Francesco: scena e drammatica dell'amore*, in «Settimana News» 19-04-2020, <http://www.settimananews.it/Papa/francesco-scena-drammatica-amore/>

<sup>5</sup> PAPA FRANCISCO, *Senza di Lui non possiamo fare nulla*, LEV, Città del Vaticano, pp. 15-16.

<sup>6</sup> Cfr. *Senza di Lui non possiamo fare nulla*, pp. 21-30.

<sup>7</sup> PAPA FRANCISCO, Homilía de Santa Marta, 8 de mayo de 2020, [http://www.vatican.va/content/francesco/es/cotidie/2020/documents/papa-francesco-cotidie\\_20200508\\_lavicinanza-lostile-didio.html](http://www.vatican.va/content/francesco/es/cotidie/2020/documents/papa-francesco-cotidie_20200508_lavicinanza-lostile-didio.html)





# Meditación del Santo Padre

**Atrio de la Basílica de San Pedro**  
27 de marzo de 2020



## «Al atardecer» (Mc 4,35)

Así comienza el Evangelio que hemos escuchado.

Desde hace algunas semanas parece que todo se ha oscurecido.

Densas tinieblas han cubierto nuestras plazas, calles y ciudades; se fueron adueñando de nuestras vidas llenando todo de un silencio que ensordece y un vacío desolador que paraliza todo a su paso: se palpita en el aire, se siente en los gestos, lo dicen las miradas.

Nos encontramos asustados y perdidos.





Al igual que a los discípulos del Evangelio, nos sorprendió una tormenta inesperada y furiosa.

Nos dimos cuenta de que estábamos en la misma barca, todos frágiles y desorientados; pero, al mismo tiempo, importantes y necesarios, todos llamados a remar juntos, todos necesitados de confortarnos mutuamente.

En esta barca, estamos todos.

Como esos discípulos, que hablan con una única voz y con angustia dicen: «perecemos» (cf. v. 38), también nosotros descubrimos que no podemos seguir cada uno por nuestra cuenta, sino solo juntos.

Es fácil identificarnos con esta historia.



I, N, R, I



Lo difícil es entender la actitud de Jesús.

Mientras los discípulos, lógicamente, estaban alarmados y desesperados, Él permanecía en popa, en la parte de la barca que primero se hunde.

Y, ¿qué hace?

A pesar del ajetreo y el bullicio, dormía tranquilo, confiado en el Padre —es la única vez en el Evangelio que Jesús aparece durmiendo—.

Después de que lo despertaran y que calmara el viento y las aguas, se dirigió a los discípulos con un tono de reproche: «¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?» (v. 40).

Tratemos de entenderlo.

¿En qué consiste la falta de fe de los discípulos que se contraponen a la confianza de Jesús?

Ellos no habían dejado de creer en Él; de hecho, lo invocaron.

Pero veamos cómo lo invocan: «Maestro, ¿no te importa que perezcamos?» (v. 38).

*No te importa*: pensaron que Jesús se desinteresaba de ellos, que no les prestaba atención.

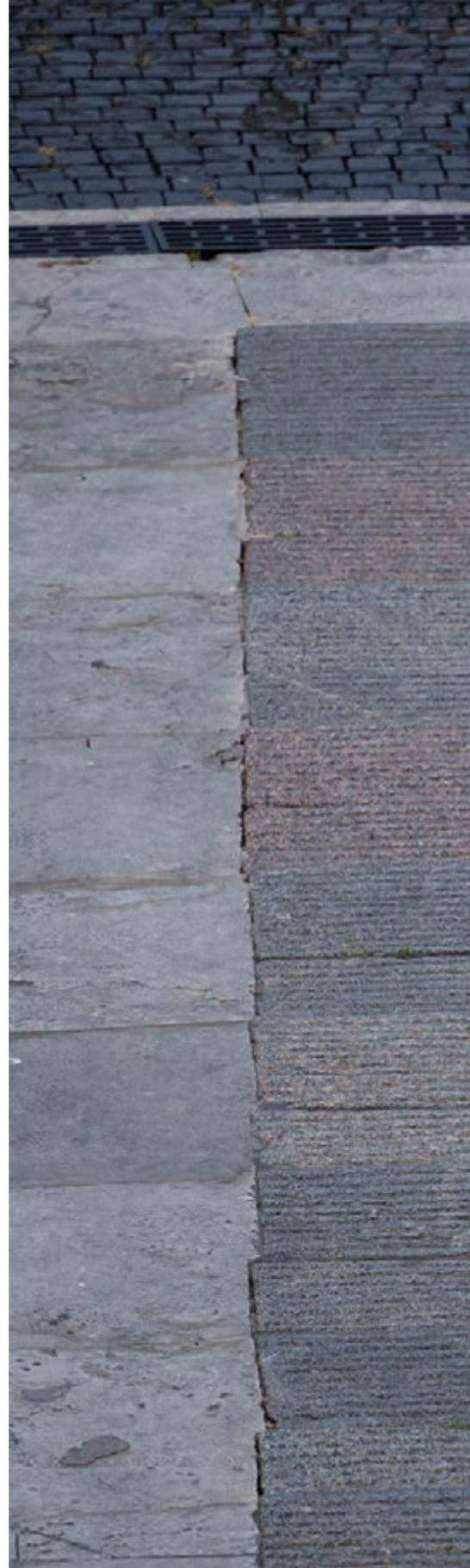
Entre nosotros, en nuestras familias, lo que más duele es cuando escuchamos decir: «¿Es que no te importo?».

Es una frase que lastima y desata tormentas en el corazón.

También habrá sacudido a Jesús, porque a Él le importamos más que a nadie.

De hecho, una vez invocado, salva a sus discípulos desconfiados.

La tempestad desenmascara nuestra vulnerabilidad y deja al descubierto esas falsas y superfluas seguridades con las que habíamos construido nuestras agendas, nuestros proyectos, rutinas y prioridades.









Nos muestra cómo habíamos dejado dormido y abandonado lo que alimenta, sostiene y da fuerza a nuestra vida y a nuestra comunidad.

La tempestad pone al descubierto todos los intentos de encajonar y olvidar lo que nutrió el alma de nuestros pueblos; todas esas tentativas de anestesiar con aparentes rutinas «salvadoras», incapaces de apelar a nuestras raíces y evocar la memoria de nuestros ancianos, privándonos así de la inmunidad necesaria para hacerle frente a la adversidad.

Con la tempestad, se cayó el maquillaje de esos estereotipos con los que disfrazábamos nuestros egos siempre pretenciosos de querer aparentar; y dejó al descubierto, una vez más, esa (bendita) pertenencia común de la que no podemos ni queremos evadirnos; esa pertenencia de hermanos.



*«¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?».*

Señor, esta tarde tu Palabra nos interpela, se dirige a todos.

En nuestro mundo, que Tú amas más que nosotros, hemos avanzado rápidamente, sintiéndonos fuertes y capaces de todo.

Codiciosos de ganancias, nos hemos dejado absorber por lo material y trastornar por la prisa.

No nos hemos detenido ante tus llamadas, no nos hemos despertado ante guerras e injusticias del mundo, no hemos escuchado el grito de los pobres y de nuestro planeta gravemente enfermo.

Hemos continuado imperturbables, pensando en mantenernos siempre sanos en un mundo enfermo.





«¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?».

Ahora, mientras estamos en mares agitados, te suplicamos:  
«Despierta, Señor».

Señor, nos diriges una llamada, una llamada a la fe.  
Que no es tanto creer que Tú existes, sino ir hacia ti  
y confiar en ti.

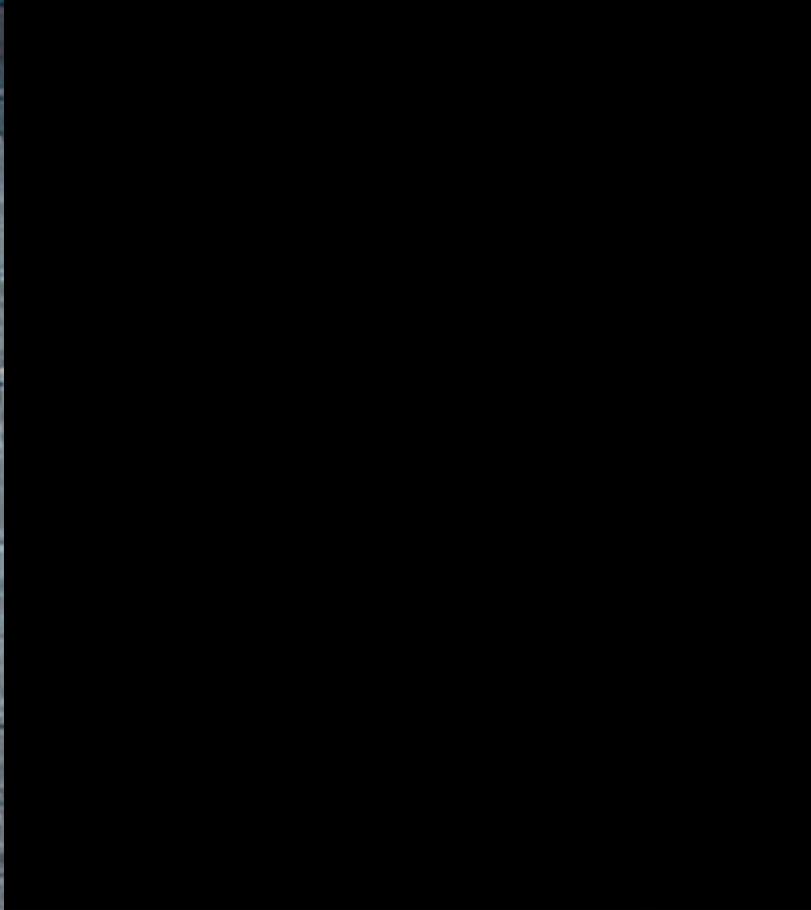
En esta Cuaresma resuena tu llamada urgente:  
«Convertíos», «volved a mí de todo corazón» (Jl 2,12).

Nos llamas a tomar este tiempo de prueba como un  
*momento de elección*.

No es el momento de tu juicio, sino de nuestro juicio:  
el tiempo para elegir entre lo que cuenta verdaderamente  
y lo que pasa, para separar lo que es necesario de lo que  
no lo es.

Es el tiempo de restablecer el rumbo de la vida hacia ti,  
Señor, y hacia los demás.

Y podemos mirar a tantos compañeros de viaje que son  
ejemplares, pues, ante el miedo, han reaccionado dando  
la propia vida.



ISBN: 978-84-1339-061-1



9 788413 390611